CAMARA DE COMERCIO DE AYACUCHO

LAS MONTAÑAS

DE

AYACUCHO

POR

CARLOS F. VIVANCO

Delegado de la Cámara de Comercio de Ayacucho ante el Comité Central de las Cámaras de Comercio de la República.

Ayacucho — 1949.




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

PROLOGO

El señor Carlos F. Vivanco continúa su plausible labor en pro del bien de Ayacucho, con el sincero cariño que siempre ha revelado por la tierra nativa.

En 1936 publicó un estudio sobre los "Problemas Económicos del Departamento de Ayacucho", proponiendo acertadas soluciones de éllos y fundamentando éstas con la gráfica descripción que hace en un mapa anexo de las grandes riquezas de la región.

Posteriormente dirigió la Campaña del Censo de Ayacucho, y además de organizarlo eficientemente, volvió a estudiar los problemas que afectan a esta circunscripción, llegando a conclusiones trascendentales para la mejor orientación administrativa y económica del Departamento.

En 1947 publicó por encargo de la Corporación Nacional de Turismo, un hermoso folleto ilustrado AYACUCHO, que es una sinopsis de nuestra realidad histórica y geo-etnográfica, adecuada para atraer el interés de los turistas, cuya afluencia determinaría el renacimiento de las artes e industrias ayacuchanas, que tanto renombre tuvieron dentro y fuera del País.

Ahora sale a luz este pequeño volumen sobre "Las Montañas de Ayacucho", que es un compedio monográfico de la naturaleza lujuriante de esa zona y de sus vastas posibilidades de convertirse en opulentos centros de población, de trabajo, de industrias, mediante un buen plan vial y la explotación de los bosques, los yaci-



mientos minerales, las caidas de aguas, los cereales y, en general, de todos los productos alimenticios, como la caza, la pesca, las frutas de la más alta calidad, que abundan y sobran en la Selva.

La vía aérea, cuya realización parecía casi imposible de pronto, ha sido la gestión más afortunada del señor Vivanco, como Delegado de la Cámara de Comercio, pues desde el 7 de noviembre último existe ese servicio semanal de la Compañía Faucett que pone a Ayacucho a una hora de Lima y ha tenido la virtud de levantar el ánimo de todos los pueblos de esta región, haciéndoles vislumbrar un próximo engrandecimiento de todas sus actividades colectivas e individuales.

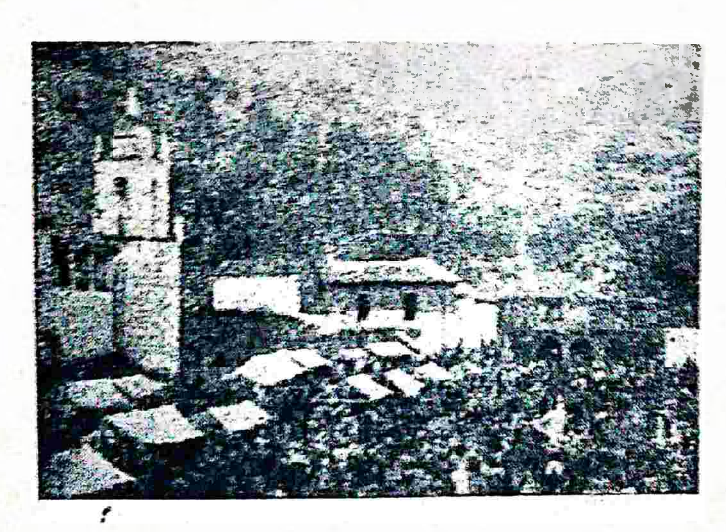
Es pues muy justo que encomiemos los méritos del señor Carlos F. Vivanco contraídos por su perseverancia en procurar el desarrollo de los intereses departamentales con estudios, proyectos y hechos tangibles, que ojalá estimulen a todos los ayacuchanos de buena voluntad para que unan sus capacidades y esfuerzos a esa obra de bien y de adelanto positivo, como procede la Cámara de Comercio al colaborar con decidido empeño, amplia y eficazmente, en élla.

FEDERICO RUIZ DE CASTILLA

Las Montañas de Ayacucho

El camino que desde la ciudad de Ayacucho lleva a la "Montaña", atraviesa gran parte de la Cordillera Oriental, de poniente a levante; ondulando en la accidentada topografía de los Andes, hundiéndose en las quebradas o levantándose hasta las frías cumbres de la Puna siempre doradas por el sol. Su primera ascención es a Quinua, a la Pampa y al Condorcunca, en la ruta evocativa llena de historia y de leyenda.

El camino carretero termina en Tambo, importante población de la provincia de La Mar que sirve de enlace a la Sierra y a la Selva. Está situada en el lado medio de la ancha Cordillera que en su parte oriental desciende hasta las llanuras del Apurímac. Desde los más lejanos tiempos Tambo ha sido el mejor lugar de acceso a las "montañas" de Huanta y La Mar. Casi todas las vías han convergido en este pueblo, resultando así un obligado centro de tránsito. Hasta aquí llega la carretera que viene de Ayacucho; y desde aquí va el camino de herradura a la montaña. La plaza cuadrada, los "pilones" de agua, las ruinosas casas, todo ese su ambiente de desolación, abandono y decadencia—tan típico en los pueblos de nuestra Sierra—hacen presumir el auge que tuvo esta po-



FERIA DOMINICAL EN TAMBO

blación en aquellos constructivos tiempos coloniales venidos a menos. Sólo los domingos cobra animación el pueblo. En su enorme plaza principal se realiza una bulliciosa feria, a la que

concurren gentes de sus aledaños, principalmente los "montañeses" que traen los pocos productos de la Selva que pueden resistir el transporte por camino de herradura, para negociarlos con los comerciantes que acuden de Ayacucho con telas, comestibles, herramientas y baratijas. Pintoresca, animada, llena de colorido, esta feria se inicia en las primeras horas de la mañana y se extingue antes del medio día.

El camino que sigue de Tambo a la Selva es ya de herradura; sin disputa alguna el mejor de su clase en todo el Departamento de Ayacucho Va todavía sobre el ancho lomo de los Andes; atraviesa los centros poblados de Pinchín, Machinga, Osno, Vicus, rezagos urbanos de la activa vida colonial que avanzó hasta esos lugares; baja por la pequeña quebrada de Mahuayuna, de fragante bosque de alisos y sachacomas; se levanta, luego, hasta las desoladas cumbres de Tapuna, a los cerros yermos y hostiles a toda vida, que forman la línea divisoria entre este mundo de piedra tan distinto de ese otro mundo vegetal que encontraremos apenas traspasada la gran muralla de los Andes. A un lado aparece el vasto horizonte pétreo de donde emergen los afilados picachos cubiertos eternamente de nieve. En el paisaje gris resalta la policromía de los sembríos que la tenacidad del hombre ha logrado arraigar, desde la puna hasta el fondo de las quebradas, en hermosas graderías de forma y de color; pequeñas extensiones de cultivo que son expresión del esfuerzo humano triunfante sobre la aridez de la tierra, en lucha bravía y porfiada, truncada muchas veces por la fuerza invencible de la tormenta, de la helada o de la sequía. Por las grandes profundidades de los abismos se escurren los caudalosos ríos hacia la Selva, mientras aquí queda la tierra sedienta del agua que podría fecundarla. Y en las profundidades de los cerros áridos, que absorben el paisaje de la Sierra, está latente la riqueza minera como señalando el derrotero que debería seguir en la Sierra el esfuerzo y la industria del hombre

AL OTRO LADO DE LA CORDILLERA

Y al otro lado de los Andes, por donde el sol sale, el contraste: el mundo vegetal. Apenas traspuesta la más alta cima e iniciado el descenso, las entrañas de la tierra se abren en violenta explosión de verdor. A la derecha y a la izquierda, en el horizonte que se alarga y ensancha cada vez más, por todos los ámbitos, una inmensidad siempre verde A través de las rocas la exuberancia de la tierra se desborda pródiga, fecunda; con alegría de entregar al mundo su savia fresca y sus frutos olorosos. Brotan las plantas en variedad de formas y de colores, de clases y de especies. Por todas partes el agua: en la violencia de las cascadas, en el torrente de los ríos, en el dulce rumor de los



arroyos. Y desde lo alto, un sol brillante transformando el clima, dando animación y colorido al paisaje. Así es cómo el triste y desolado, estático y mustio paisaje de la Sierra se ha transformado ahora en el deslumbrante de la Selva donde otro es el ritmo y la armonía de las cosas y donde la vida misma parece adquirir otro sentido. Aparición sorpresiva de un mundo distinto, pletórico de dinamismo, en contínua y perenne gestación.

Apenas iniciado el descenso de la Cordillera, un delgado hilo de agua cristalina se junta al camino. En Yanamonte la vegetación se hace pletórica. Es el comienzo de la llamada "ceja de montaña," frondosa y aromática, donde los helechos predominan en sorprendente profusión de formas y tamaños.

La fauna multicolor de las mariposas contribuye a alegrar y animar el paisaje. Aquel fino hilo de agua de la cumbre se ha tornado en el bullicioso torrente del hermoso río Piene. Camino y río se han hecho inseparables. El camino se va tras



RIO PIENE

del río espumoso y tronador, como tras de un guia, hácia el gran Apurimac. Se vá tras de él perdiéndose unas veces en el monte, desapareciendo en las sinuosidades de los cerros para aparecer nuevamente asomandose al filo del abismo, sobre la quebrada que se ensancha y se angosta a ambos lados del río; otras veces busca las sombras del bosque, para surgir después a la plenitud del sol ofreciendo, entonces, la única variación de color en el desconcertante predominio del verde en sus más inimaginables matices.

En el centro mismo de la ruta que une la Sierra con la Montaña, ahí donde termina la "ceja de Montaña," está el



caserío de Ayna, exhibiendo las livianas y frescas construcciones de la Montaña. Apenas perdida la luz del día, surge un fantasmagórico ejército de luciérnagas desparramando su luz, su color y su belleza en la sofocante noche tropical llena de los murmullos de infinidad de insectos nocturnos.

A partir de Ayna la vegetación es más tupida, más densa. El clima se hace más fuerte, cálido, enervante. Los árboles son de troncos gruesos, de grandes dimensiones y de infinitas variedades. Los naranjos en flor despiden un aroma seguramente en ninguna parte más intenso y delicioso. Platanales, chirimoyos, papayos y otras especies más confunden su esbeltez y su follaje en las chácaras formadas a ambos lados de la vía. Son las avanzadas de las plantas há tiempo domesticadas que se mezclan con la floresta salvaje. Numerosas bifurcaciones se desprenden a las chácaras de coca, caña, café de esta zona densamente poblada y cultivada por los "montañeses" que con sus típicas vestimentas transitan constantemente estos senderos. Y a lo lejos, siempre el vasto horizonte verde, interminablemente verde. El paisaje de este sector lo complementan las aves. Es el predominio de éllas en belleza, en armonía y en color. Multicolores y musicales cruzan los aires. Raras en sus tamaños y en la combinación de sus colores, tendidas sus hermosas alas hácia la luz y el sol, vuelan de árbol en árbol llenando la hondura de la Selva y la profundidad del abismo con las armonías de sus trinos. De esta manera, éllas y las mariposas, cumplen en la Selva esa gran misión que les ha dado la Naturaleza de llevar el polen fecundo de un lugar a otro. Son las grandes sembradoras que a través de los tiempos, cantando tierna y maravillosamente, han desparramado sobre la tierra fértil de estas grandes extensiones las más sorprendentes variedades de simientes de plantas venenosas o medicinales, de frutos y flores saturados de olor y color, de árboles gigantescos de hermosas maderas y de cortezas llenas de esencias o de resinas. Por eso aquí se encuentran entremezclados las yerbas y arbustos de tinturas y de esencias, la vainilla, la cascarilla y el laurel, la copaiba y el aceite de María, el matapalo y el sangre de drago, el incienzo y los achiotes, la zarzaparrilla y las orquídeas, la cinchona, el palo de balsa, el acerado, la papaya, la chonta, el naranjo, el cube, el plátano, el nogal y el cedro y miles más de yerbas, de plantas y de árboles que los botánicos todavía no han clasificado.

Entre Varsovia y La Estrella el camino se deja vencer por la espesura del bosque para convertirse en una estrecha y rústica trocha. Sólo hasta este lugar llega el camino de herradura, a 30 kilómetros de su destino: la extensa playa de Puerto Bolognesi, en la ribera izquierda del río Apurímac, ahí donde se



encuentran el Piene y el Apurímac. Por Matucana y por Mashenta el camino se introduce en la Selva, hácia Sivia. Ya no es aquel camino abierto, ancho y cómodo; ahora es una trocha, la típica trocha de la Montaña fragosa y estrecha, invadida a cada instante por la maraña voraz. Bajo gigantescos árboles y en lucha constante con la Selva la energía del machete se abre paso. La frecuencia del tráfico aún no ha logrado vencer y marcar su huella perdurable. Apenas abierta la senda, las hojas que incesantemente caen borran toda huella, formando muchas veces suaves alfombrados, como los de las blandas motas del palo de balsa. La larga marcha por estos senderos es una constante lucha con la Selva tenaz y persistente en cerrar el paso. Aquí es donde se la admira en la plenitud de su augusta gestación. Porque en la marcha a través del bosque se asiste a la obra maravillosa de la creación. Se asiste a la constante aparición de nuevas plantas; a la perenne lucha por la existencia entre tiernas plantas y gigantescos árboles, entre plantas que nacen en cada instante y entre aquellas otras que surgieron antes y que se empeñan en defender el espacio que conquistaran. Plantas rastreras que se esfuerzan desesperadamente por sobrevivir al torrente incontenible de hojas que las aplastan; trepadoras, lianas, epifitos que angustiosamente pretenden escalar entre los grandes troncos en busca de luz y calor, "convirtiendo la lucha por la vida en lucha por la luz," anhelantes de salvarse de estos abismos de oscuridad y de humedad. Delgados y fuertes ramajes que oscilan en el espacio buscando de donde asirse; enormes troncos entrelazados fuertemente tratando de sostenerse mutuamente o trabados en tenaz lucha formando las más extrañas figuras, como las de aquellas extraordinarias ansias de destrucción que caracterizan al "matapalo". Enormes árboles que vienen de las profundidas de los barrancos y que se alargan interminablemente como flechas que no acaban de pasar. La penumbra formada por los tupidos ramajes que impiden la llegada de la luz; el característico olor de la humedad del musgo y de las hojas que fermentan en el suelo; los crugidos de las cortezas que revientan o de los viejos troncos que se resquebrajan; el bronco rumor del río lejano; los lúgubres silbidos de las aves y los agudos gritos de los monos; ese sordo murmullo que viene de todas partes; la oscuridad, en medio día; todo contribuye a hacer sentir la grandiosidad de la selva, imponente, severa, llena de misterio y de tragedia.

Después de largas horas de viajar por entre sombras boscosas, en las entrañas mismas de la Selva, se abre como alivio y como una promesa, la pampa alegre de Sivia, a la orilla izquierda del rio Apurímac en las montañas de las provincias de Huanta y La Mar, del departamento de Ayacucho.



El río Apurímac, origen del Amazonas.—Navegación en el Apurímac.—Paisajes de la Montaña.—Confluencia del Apurímac con el Mantaro.—Puerto Carranza

El Apurímac, desmintiendo su etimología campa: "gran hablador", discurre silencioso e imponente. Sus aguas se deslizan con rapidez a todo lo ancho de su cauce, 150 a 200 metros por Sivia. Es el río de los límites. Su ancho y profundo cauce en su largo recorrido por el Sur y Centro de nuestro territorio, sirve para dar contorno a la demarcación de importantes y vastos Departamentos. Comienza a ser navegable en todo su recorrido por el flanco Este del Departamento de Ayacucho, delimitándolo con el del Cuzco. Está considerado como el origen del gran Amazonas. Emilio Romero, en su "Geografía Económica del Perú" (Pág. 47) refiriéndose al río Amazonas, dice así:

"El nacimiento de este río está en la laguna de Vilafro, en el Departamento de Arequipa, provincia de Caylloma. Unido a varios cauces, forma el río Apurímac, que penetra al Cuzco y sirve de límite a esta ciudad con los departamentos de Apurímac y Ayacucho. Se junta con el Mantaro, llamándose desde ahí río Ene. Siguiendo su curso al N. se le junta el Perené, formando el Tambo. Se une con el río Urubamba, llamándose entonces Ucayali. Recibe otros afluentes poderosos, como el Pachitea, el Pisquiza, el Tamaya hasta que frente al pueblo de Nauta, a los 4° 31' 30" de latitud Sur, 75° 72' 74" longitud Oeste de París y a 111 metros de altitud se junta con el río Marañon, que nace en las serranías de Huánuco, formando el Amazonas y toma dirección Este".

Después de pasar por las provincias de Canas, Acomayo, Paruro, Anta y La Convención; Caylloma, Chumbivilcas, Cotabambas, Abancay y Andahuaylas, el río Apurímac sigue bajando la Sierra hasta que, frente a Rapi, confluye con el río Pampas que llega del Departamento de Ayacucho. El Pampas desciende desde el Departamento de Huancavelica, desaguando las lagunas de Choclococha y Orccococha, lagunas sagradas de los Chancas. Como casi todos los ríos de la Sierra, el Pampas no riega tierra alguna; desde su nacimiento se precipita, partiendo en dos al Departamento de Ayacucho, por las profundas quebradas que forman los cerros mineralizados de Cangallo, Fajardo y Lucanas. El Pampas y el Apurímac



se juntan en la base de una prolongada saliente de la provincia de La Mar, formando un pintoresco lugar divisorio de los departamentos del Cuzco, Apurímac y Ayacucho. Son ya tierras bajas, propicias para que los ríos adquieran anchura. Con un caudal aproximado de 200 m3 por segundo, el Apurímac ingresa al Departamento de Ayacucho, por la provincia de La Mar, en su lado izquierdo; a la derecha sigue bañando territorio del Cuzco. A su paso por el territorio de la provincia de La Mar, el Apurímac es ya un enorme río; todavía torrentoso y temible en sus numerosas cascadas que imposibilitan cualquier navegación. Conforme avanza en su recorrido de Sur a Norte, ya aumentando sus aguas con las que le vienen de derecha e izquierda, ensanchando su cauce, abriéndose numerosas llanuras a sus flancos y haciendo más interesante el paisaje. Benigno Samanez Ocampo recorrió este río en 1883, desde su hacienda "El Pasaje", situada entre el Pachachaca y el Pampas, hasta su confluencia con el Mantaro. "Cuanto más se avanza abajo—dice Samanez Ocampo—la hoya del río se ensancha más y más, divisándose a espacios un horizonte inmenso. El alveo del río se extiende tanto que en los rápidos moderados su profundidad no pasa de 4 a 5 pies, con 5 a 6 cuadras de ancho. Sinquibeni es la pampa más hermosa de este lado. Es una llanura situada a la derecha del río—zona del Cuzco—que tiene 4 millas de largo y 2 a 3 de ancho y está cubierta toda de bosques de una hermosura incomparable». Algo más tranquilas las aguas, el cauce ancho y la corriente más moderada, es ya posible la navegación en embarcaciones rústicas. El mismo Samanez Ocampo llama la atención hácia "los hermosísimos llanos, en ambas bandas del río, cruzados casi todos por ríos de bastante caudal; y sobre todo el lindo y extenso valle de Simariva, en la banda occidental, regado por un río considerable y situado a menos de 25 leguas de Ayacucho». Así es, en efecto, este valle y el que baña al frente el río Omaya, forman "los más interesantes que tiene esta hoya tanto por su extensión cuanto por la hermosura de sus llanos". El valle de Simariva se extiende hasta el río Piene, ese alegre y blanco río que viene desde la Cordillera formando el límite entre las provincias de La Mar y Huanta. El cauce del río se ensancha considerablemente—según Portillo, en época de sequía tiene 160 metros de ancho y 4 a 5 metros de profundidad en su centro—su gran caudal corre majestuoso y tranquilo haciendo fácil la navegación en «pituches», siendo posible también en lanchas de pequeño calado. Estas playas extensas, según ley de 1891, debieron constituir el Puerto Bolognesi y aquí debía haber tenido término el camino de herradura que viene de Tambo por la orilla del Piene, para conectar estas selvas magníficas con los mercados de Huanta, Tambo, Ayacucho. Estas extensiones planas ofrecen a ambas orillas del río grandes posibilidades para el

establecimiento de importantes núcleos de colonización. Aquí fué precisamente donde se realizó aquel desafortunado ensayo de 1929 con colonos cosacos. Sin medios de comunicación con los mercados cercanos, sin plan alguno de explotación de estas tierras, sin viviendas y, según afirman algunos, sin elementos de trabajo, aquí fueron abandonadas aquellas pobres gentes víctimas del engaño y la explotación. No ha quedado antecedente alguno que pueda servir de referencia para conocer las verdaderas causas del fracaso de esta colonización.



CONFLUENCIA DE LOS RIOS PIENE Y APURIMAC

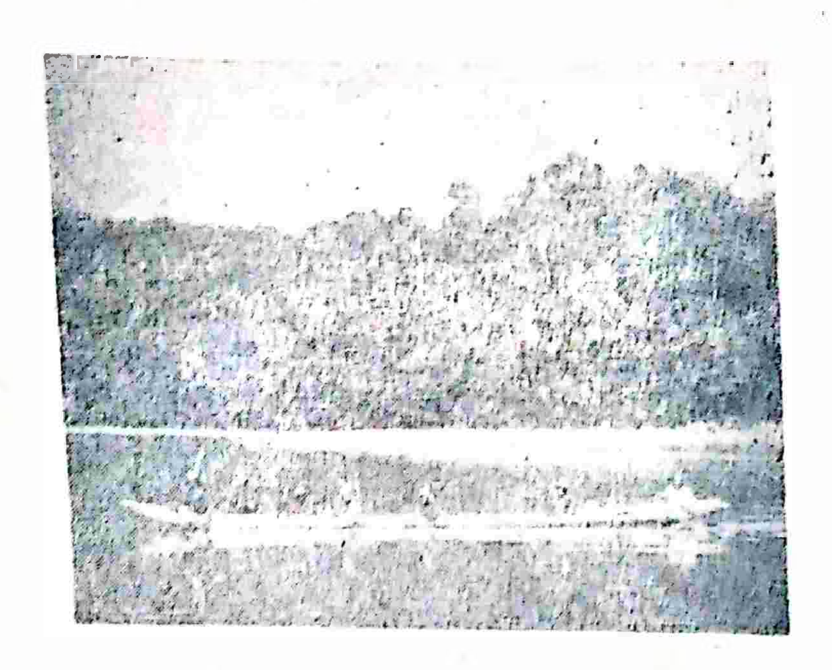
A poca distancia de la confluencia del Piene y del Apurímac—580 a 600 metros sobre el mar, según el Dr. Augusto Weberbauer—bajando este último río, está el Sivia en cuyas cercanías se ha establecido la Misión Franciscana de Sivia, de cuya trascendental labor nos ocuparemos después. Desde este lugar, en una mañana de Octubre de 1939, inicié mi navegación en el Apurímac hasta su confluencia con el río Mantaro, teniendo a mi izquierda toda la zona de montaña de la provincia de Huanta y, a la derecha, la que corresponde al Departamento del Cuzco.

EN EL APURIMAC

La navegación en el Apurímac se hace en «pituches», las pintorescas canoas de los chunchos, formadas de grandes troncos de cedro especialmente abiertos verticalmente. Son de diferentes dimensiones, más bien grandes que chicos; con capacidad para más de doce personas. Cuando van a favor de la corriente,



por en medio del río, se ayudan con pequeños remos; y cuando la surcan lo hacen bien cerca a la orilla, pues sólo por este lugar puede hacerse la lenta y fatigosa subida del río, co-



UN HERMOSO "PITUCHE" CON CAMPAS EN MEDIO DEL APURIMAC

brando impulso apoyados en enormes cañas. Los salvajes también son hábiles conductores de balsas completamente planas y y en las que se navega de pie, sin remos, únicamente con la ayuda de largas cañas.

Nuestro «pituche» lo tripulan diez expertos y animosos bogas, muchachos campas civilizados por los misioneros franciscanos de la Misión. Nos acompañan el R. P. Fr. Angel Urbina—fallecido meses después en Ayacucho—y el Hermano Marcos Romero. Mientras atendemos a las maniobras preliminares de la navegación, el río nos ha arrastrado un buen trecho. Por entre tupidos bosques nos deslizamos suavemente, imperceptiblemente, a notable velocidad. Pequeños remolinos y rápidos de alguna extensión nos dan la sensación del peligro e inseguridad de nuestra embarcación. No hay brisa alguna y las aguas color acero reverberaban intensamente los fuertes rayos del sol tropical. A pesar de los aparentes peligros de la navegación, es preferible estar de pie. Así de pie hay que admirar este panorama soberbio, esta grandiosa visión del bosque, que como una avalancha verde parece precipitarse desde los altos cerros que se levantan a los flancos del río. Mientras al



infinito los recodos y curvas pronunciadas del cauce dan la sensación de que esta avalancha ha logrado por fin juntarse, deteniendo la marcha del río. Tal es la impresión que producen los enormes remansos donde parece que el río se estuviese quieto, tendido como un enorme espejo a los pies de la Selva Virgen. Este río complaciente con la Selva, que así ha detenido su marcha, admirado de tanta magnificencia, temeroso de romper la armonía del cuadro, hace que sus aguas vayan deslizándose por pequeños declives suavemente, silenciosamente. Nosotros mismos al llegar a cada uno de estos hermosos remansos, pasamos en silenciosa admiración, temerosos de que nuestra barca quebrara este enorme cristal en que el cielo y la Selva no se cansan de contemplar. Otras veces nos acercamos a la orilla, pasando bajo las enormes enredaderas que cuelgan de gigantescos árboles a manera de tupidos cabellos que la Selva quisiera remojar en las tibias aguas del río. Arboles de hojas de variados colores, flores de diversas tonalidades bajo la luz y la sombra, palmeras gigantescas. Ni un ruido, ni un rugido de fieras. Apenas si una bandada de monos equilibristas y una víbora perezosa encontramos en estas Montañas. Todo está en silencio, hasta aquí el extraño son del "tiborinchi" que la tripulación hace sonar a manera de sirena, lo rompe con esas sus tonalidades de queja angustiosa y lamento desgarrador que se pierde en las inmensidades de la Selva. Aparece de entre la espesura la extraña cabeza de un chuncho. Curioso y desafiante, surge al borde de la alta orilla. Al reconocer nuestra canoa, con mesurados gestos nos hace señales de simpatía. Una vez que nos ha visto pasar, se pierde en el matorral, con su amplia "cushma", armado de arco y flechas, como una extraña visión. Como haciendo eco a la llamada del "tiborinchi", comienza a sentirse un lejano rumor, rítmico y sonoro. Poco a poco va en aumento, hasta que aparece entre las aguas la pintoresca silueta de un "pituche" de chunchos que surcan el río. Son campas que vienen del Perené. Su larga barca llena de aves multicolores, el suave y disciplinado movimiento de los bogas que maniobran de pie, cubiertos con sus flotantes cushmas, silenciosos y graves, dan extraña animación y colorido al paisaje reflejados en las quietas aguas de este río que corre sin moverse. Obedientes al llamado de otros chunchos que se han venido con nosotros, se acercan a la orilla donde los esperamos. Bajan silenciosos, sin exclamación alguna llegan hasta sus amigos y se quedan frente a frente mudos, con la vista baja a ratos, y a ratos mirándose fijamente, escrutándose detenidamente los pensamientos. Incomprensible es este inopinado silencio, del que aun participan los chicos de la Misión. A pesar de que invito a nuestros pequeños campas a hablar y decir algo a los recién llegados, todos siguen en silencio. Por fin termina este extraño recibimiento que tiene todos los caracteres

de un rito, y todos se animan y sonríen y hablan. Se canjean sus largas bolsas que llevan terciadas al pecho, registrándolas con acuciosidad e interés, haciendo alegres comentarios. Los recién llegados se van presurosos a registrar cuanto llevamos en nuestras canoas. Con gran confianza y desfachatez lo revuelven todo, todo lo escudriñan y registran, pero de nada se apoderan. Piden sí explicación de cuanto encuentran. Cuando todo lo han revisado, les pedimos hacer canje entre algo de ellos y lo nuestro. Les ofrecemos machetes, tocuyos, víveres, pañuelos, espejos o cualquier baratija en cambio de flechas, aves y adornos que llevan. Nada los tienta. Cuanto llevan está ya comprometido y "adquirido". Por nada pueden faltar al compromiso que tienen. Hace tiempo que recibieron anticipo y éllos van ahora a cumplir con lo ofrecido. Así resultan de cumplidas y fieles a su palabra estas gentes salvajes.

El río rodea pequeñas y grandes islas pletóricas de vegetación. En algunas de éllas se advierten pintorescas chozas habitadas. Los chunchos se inquietan y alborotan cuando nos ven acercarnos; ocultan a las mujeres y sus útiles, creyéndonos traficantes. En cuanto identifican a los misioneros franciscanos, recobran su serenidad y su confianza y nos esperan sonrientes. Misioneros y chunchos se saludan como buenos y viejos amigos, con camaradería. Los salvajes se acercan con respeto y acatamiento a besar la mano del misionero y se que-



UN CAMPA HABITANTE EN LAS MARGENES DEL APURIMAC



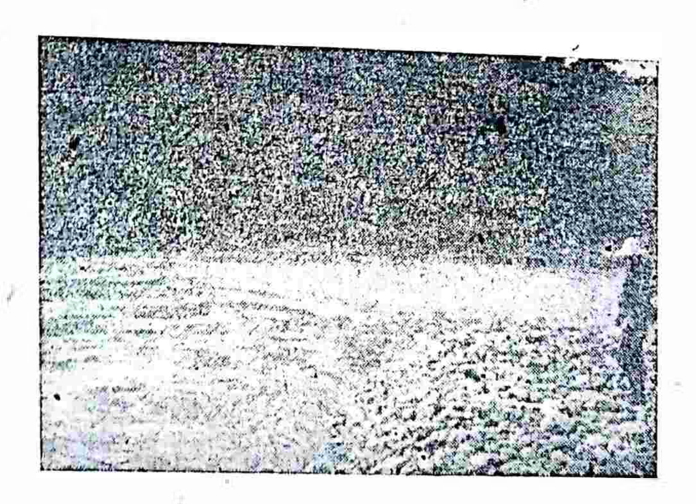
dan a su lado silenciosos y confiados, sintiéndose amparados y protegidos. Se esfuerzan en hacernos amena la permanencia en sus "dominios", mostrándose obsequiosos y amables. Alguno de ellos se incorpora a nuestra tripulación y será un eficaz guía en el trayecto.

Entre las numerosas "playas" o terrenos planos que se encuentran a ambos costados del río, está Quiemperic o Quiempetiriqui, a 555 metros sobre el mar, donde en 1790 Fray Tadeo Giles estableció la conversión de San Buenaventura de Quiemperic. Aquí también fué donde a mediados del siglo pasado se estableció una colonia de chinos fugados de las haciendas de la Costa, cultivando arroz, maíz, frijol, maní, caña, etc. Muchos factores contribuyeron a la desaparición de esta colonia, entre otros el juego y la rivalidad entre ellos mismos. Las quebradas de Llochegua, Acón, las de Choymacota—a 550 metros sobre el mar, según Weberbauer—e Ipabamba que se prolonga hacia la denominada "ceja de montaña", son importantes centros donde se han establecido numerosos pequeños agricultores dedicados de preferencia a la explotación del cacao, el maní, la caña y la coca. La magnífica calidad de este producto que adquiere los más ventajosos precios en los mercados de Ayacucho, Huancavelica y Junín, determina que la agricultura de esta zona esté casi exclusivamente dedicada a su cultivo; desdeñando otros importantes renglones que en pasadas épocas tuvieron influencia en la economía regional, como el cacao, el café, la vainilla, el arroz y otros importantes productos

Desde el río se domina toda la vastedad de la Selva que se levanta a ambos lados. Hacia la izquierda las colinas que van ascendiendo escalonadamente hasta llegar a la Cordillera que domina Huanta y Ayacucho. Desde aquí se distinguen los cultivos de las partes altas de Huanta y La Mar. La humareda que se levanta por distintos lugares hace presumir que se está quemando los rozos hechos para los cultivos de cocales, que ya aparecen en algunos claros del monte. Se puede hacer la clasificación de algunas especies conocidas de estos gigantescos árboles que aparecen como superpuestos: las largas cañas de "Guavaquil" que tanto auxilio prestan para la navegación, sobre todo para el "tanganeo", están junto al palo de balsa que crece con profusión precisamente junto al río, ahí donde debe ser utilizado para la confección de balsas; los cedros enormes cuyos troncos son admirablemente empleados para los "pituches"; la palmera camona de enormes hojas anchas utilizadas para el techado de las chozas y cuyas hermosas hojas verde-claro sirven para el tejido de petates y canastas que confeccionan los chunchos; las diversas variedades de plátano y las grandes extensiones de yuca que son la comida



básica de la Montaña, así como la papaya fresca y jugosa, frutas silvestres todavía desconocidas por la civilización, pero que tanto sabe apreciar el chuncho; plantas medicinales como el huaco, el jarahuichco, yanali, matico, cuti, canelón, calaguala, chamico blanco y negro, copaiba, cacuay, chariro, jatiropiene, copal, aceite de María, mata-palo, sacsacas, coco silvestre, raíz de posihuati, emposero, camalambe, chamairo, carije, vareta; vainilla, laurel, incienso, café, cacao, maní, tabacos, sihuis, acerado, chonta, jacarandás, pachiri, quina de diversos colores, shuis de diversos colores, nogal, zarzaparrilla; esto es cuanto se distingue y resalta en este denso panorama. Raimundi clasificó las siguientes plantas en las orillas de este río: la caña brava Gynerium sagittatum; una Yussiena; el Solaria; Bidens leucantha; Dioscorrea; Erythrina; Dolichos; un lanum de flores blancas; cecropia; Cyberos; Amarantus; Trifollium de flores amarillas, etc. Y en el centro de esta inmensidad esmeraldina, las aguas aceradas del río discurren silenciosamente como gozosas del bello paisaje que contribuyen a formar a todo lo largo de su curso. Así, bello e imponente el Apurímac se acerca a su encuentro con el Mantaro, que baja precipitándose de la Cordillera.



CONFLUENCIA DE LOS RIOS MANTARO Y APURIMAC

EL MANTARO tiene un curso caprichoso. Nace en el Norte de la laguna de Junín, en plena meseta andina. Es de agua abundante cuando va por el Sur, pasando por la Oroya. Fecunda parte del hermoso valle de Jauja, explayándose en la gran campiña de Huancayo, atravesándola en todo su largo, o-

freciéndose generoso a que el hombre lo aproveche en favor de su economía y de su industria. Es acaso el único río de la Sierra capaz de ser útil a la agricultura y a la industria humanas; sin embargo, hasta ahora no se le ha aprovechado debidamente. Cansado de recorrer por la planicie y cansado de esperar que las gentes se aprovechen de su caudal y de su energía, el Mantaro se precipita por las profundas quebradas del S. E., por tierras de Huancavelica, avanzando bien encajonado por lo más profundo de los cerros de este rico Departamento. Cuando ha terminado de recorrer todo lo largo de Huancavelica y llega a los límites del Departamento de Ayacucho. frente a Huanta, parece darse cuenta de que ha estado realizando un tonto recorrido. El río Huarpa que se le aparece en sentido contrario, parece confundirlo más y, entonces, como enloquecido comienza a turbarse y revolverse en sí mismo, hasta que en un intento de volver sobre sus pasos, hace un violento recodo, bordeando la punta de Tayacaja y se regresa otra vez al Norte, formando una península fluvial que en la geografía del Perú se conoce como la Península de Tayacaja. Nacido en la planicie, en la anchura y en la vastedad de la pampa, este río se siente incómodo bajo las breñas andinas que lo asfixian y aprisionan. Lo que busca son pampas amplias y extensas donde discurrir ameno y tranquilo. A pesar de que ha acrecentado su caudal con todos los numerosos afluentes que le vienen por los flancos de la cordillera, es impotente para romper el macizo andino que la va estrechando más y más. Ya no puede seguir subiendo, pierde otra vez el control y comienza a discurrir entre el Norte y el Noroeste, hasta que frente a Pampas encuentra paso hacia el Este y por ahí se precipita impetuoso, por entre profundos abismos, hacia las llanuras de la Selva. Torrentoso y bronco se va hundiendo más entre los gigantescos cerros que se levantan a sus lados como cortados a pico; despeñándose, rompiéndose a pedazos por entre enormes rocas, arisco y salvaje. Hasta inconcebible altura llega el eco de su bronco rumor. La turbia espuma de sus aguas impide toda visión en el estrecho callejón de su cauce. Tanta es su fuerza y tanto su poder que se desmoronan los duros cerros auríferos, entregándole el oro que más tarde abandonará en las playas montañosas. Presiente seguramente la llanura amazónica y hacia ella va anhelante abriéndose paso a través de las fuertes estribaciones de la Cordillera. Cuando ya la ha atravesado íntegramente y comienza a bajar, parece tranquilizarse. Ya ha entrevisto al Apurímac que discurre majestuoso en la baja llanura; entonces es cuando ensancha su cauce, retiene su ímpetu y parece mostrarse generoso y manso. La tierra también parece acogerlo con dulzura y ambos armonizan con la exuberancia de la Selva que comienza a hacerse pródiga. Es así cómo desde 35 kilómetros antes de llegar al corazón de la Selva, por la quebra-



da de Vizcatán, en Masangaro, el Mantaro comienza a ser navegable. A sus orillas comienza a ser posible la vida, surgen los helechos, los cedros y nogales y las resinas aromatizan el espacio; palmeras y palos de balsa levantan sus altas copas. Así, dominado y adormecido por la naturaleza que lo engalana con toda la magnificencia de su belleza silvestre, el Mantaro se acerca al Apurímac para confundir sus aguas, para proseguir después, hecha renuncia de su individualidad, de sus caprichos y de sus genialidades, confundidos en un solo nombre. Y cuando se juntan lo hacen paulatinamente, poco a poco, para que sus aguas no entrechoquen ingratamente y no turben la serenidad de la Selva. Por eso es que el Mantaro desde lejos, desde muchos kilómetros atrás, comienza a bifurcarse en varios cauces, dividiendo sus aguas con precisión admirable Y el Apurímac no menos previsor, se desvía un poco más hácia el Este, dejando que sólo una parte de su caudal, formando un brazo, siga de frente hasta encontrar el primer tramo del Mantaro como para servirle de guía hasta el gran cauce. Así es cómo el Mantaro llega hasta el Apurímac y así es cómo el Apurímac recibe al Mantaro en esa ancha planicie que el Coronel Portillo bautizó con el nombre de Luis Carranza, para perpetuar el nombre de este notable ayacuchano, gestor y fundador de la Sociedad Geográfica de Lima. Aquí en puerto Carranza, según Portillo a 480 metros sobre el mar, y según Raymondi tan sólo a 440.60 metros, es donde el Apurímac y el Mantaro confunden sus aguas con un caudal de 1200 ms-3 por segundo, según Carranza; formando un "gran río", ancho, hermoso y profundo, de aguas tranquilas y serenas; el Ene, que en lengua campa quiere decir «gran río». Así es en efecto, un gran río en cuya profunda hoya «se reúne el agua que corre por los cinco departamentos de Junín, Ayacucho, Huancavelica, Apurímac y gran parte del Cuzco, abrazando así su red hidrográfica un espacio de 72 mil millas cuadradas» Es el gran río que más adelante se juntará al Perené y se llamará Tambo, después al unirse con el Urubamba será el Ucayali y, por último, al confundir sus aguas con las del Marañón, siempre en tierras peruanas, formará el más grande de los ríos del Continente: el **Amazonas**.

En la ya remota época de las primeras exploraciones y primeros reconocimientos de estas tierras, era la hoya del Mantaro la única ruta posible de acceso a estas montañas Las quebradas de Sanabamba y de Vizcatán, formadas por los ríos del mismo nombre, tributarios del Mantaro, fueron las rutas por donde llegaron a este río los primeros misioneros. Después de la fundación de la Conversión de Nuestra Señora del Patrocinio del Mantaro, en 1781, por Fray Valentín de Arrieta y Fray Joaquín Soler, los Padres Bernardo Ximénez Bejarano y Tadeo Giles fueron los primeros que llegaron en 1786 a las márgenes del



Apurímac. Antes, en 1882, habían fundado la Capilla de la Conversión. El padre Ximénez Bejarano relata así su llegada al Apurímac: «Me vi como en una total distinta región, rebosando de gozo mi corazón, casi cayéndoseme las lágrimas de alegría y sentimiento, al mismo tiempo de no hallar fuerzas superiores de ver que no se aplicaban eficazmente los que las tenían a conquistar tierras las más pingües y hermosas del Perú». Más adelante relata así su encuentro con los chunchos: «Una de las gentiles más determinada que los hombres, echó su balsa en el río, e hizo a su marido que entrase en ella, con una hijita suya, y atravesando el río venieron a donde nosotros estábamos. Salimos a recibirlos. Los abrazamos y si alguna vez se llora de gusto nunca mejor que entonces, pues consideré que aquéllas eran las primicias del cristianismo que Dios quería plantar en aquellas montañas; híceme cargo de que habían de ser instrumentos para que otros abrazasen la fé, que les vamos a enseñar».

Si las aguas de todos nuestros grandes ríos de la Montaña se han teñido con la sangre de los mártires misioneros—misioneros franciscanos en gran número—estas aguas del Apurímac no lo fueron tanto. Casi podríamos afirmar que en las márgenes de este río no se han realizado aquellas grandes tragedias de que fueron escenario otros ríos. Apenas si en el historial de estos lugares encontramos la misteriosa desaparición del padre Chirnini, que acaso se podría considerarse que lo fuera en el Ene o en el Tambo. Quien sabe si aquel primer encuentro del padre Ximénez Bejarano y los chunchos, bañado con lágrimas llenas de alegría, pasó en la tradición oral de los salvajes de generación en generación y formó así aquel especial estado de ánimo que los chunchos del Apurímac han observado siempre con los misioneros. «Podemos repetir aquí—dicen los Misioneros en el prólogo del Tomo VI de la Historia de las Misiones, comentando el diario del padre Giles—las especies que en el primer tomo consignamos, sobre la buena conducta y fidelidad de los campas de esta parte de la Montaña que, según parece, de suyo y espontáneamente no han dado lugar a ningún hecho incorrecto en sus relaciones con los misioneros y menos han intentado agresiones de sangre». Que mejor elogio para estos salvajes del Apurímac, a quienes he visto acercarse a los misioneros con humildad y afecto.

En Puerto Carranza—en la unión del Apurímac y del Mantaro, vale decir en el majestuoso Ene—damos término a nuestro viaje de exploración en el Apurímac. Si las 70 millas que distan entre el embarcadero de la Misión Franciscana de Sivia y el Mantaro hemos navegado en seis horas, el regreso, dadas las excepcionales condiciones de la navegación en contra de la corriente, lo haremos en algo más de dos días. Venidos



a favor de la corriente, nos toca ahora remontar el río, surcarlo «tanganeando» ayudados de las fuertes cañas largas que crecen en la orilla. Vamos a tener que subir, que ir «río arriba», desafiando los «rápidos» y las «correntadas» que en algunos sitios son violentos. El viaje es fatigoso, lento, demasiado monótono bajo el bochorno del sol tropical. A veces, para aligerar el peso del «pituché», para desentumecer nuestros músculos, en procura de la sombra del bosque o en plan de nuevas impresiones, saltamos a tierra para hacer la marcha por la orilla mientras los pequeños bogas siguen en la canoa. Nos internamos en el bosque y ahí, bajo enormes árboles y seculares enredaderas, machete en mano nos abrimos camino. En las pequeñas islas que atravesamos o en las orillas mismas del río encontramos huellas de la danta, del venado o del tigrillo que en la noche han bajado a saciar su sed.

El viaje de retorno nos da la oportunidad de ser una noche huéspedes de una familia de chunchos campas. Vamos a pasar la noche bajo el techo de la familia Shimunca, acampada en Mimerine, a la orilla del Apurímac. Shimunca es un amable campa que con su familia y algunos amigos ha huído de las persecusiones de los «contratistas» del Perené y el Tambo y vive aquí bajo la paz y el amparo de estos apartados lugares, donde aún no se atreven a incursionar los «traficantes» de chunchos. Como los otros chunchos que encontramos en el trayecto, Shimunca y sus familiares se alborotaron e inquietaron en cuanto divisaron nuestros «pituches» y veían que nos acercábamos. Pero en cuanto advirtieron a los misioneros franciscanos recobraron la tranquilidad, y risueños y confiados vinieron a nuestro encuentro. La vivienda de Shimunca es la típica vivienda de los campas: pequeñas chozas techadas con anchas hojas de palmera camona, abiertas en sus cuatro costados al cálido aire de estos lugares. Son las viviendas típicas del nómade, fáciles de levantar y más fáciles de abandonar; prácticamente desmanteladas, donde se encuentra únicamente el imprescindible conjunto de flechas, pequeños petates tejidos con las largas hojas de palmera que tendidas en el suelo hacen de asiento, mesa y cama; algunas ollas de barro, canastas también tejidas de palmera y largos recipientes de calabaza constituyen la vajilla del chuncho. Cubiertas con anchas y flotantes «cushmas», con sus criaturas suspendidas de fuertes bandas de «chaquira», al desgaire sus puntiagudos y erectos senos, las mujeres preparan con afán y solicitud el «masato», esa bebida color lila-rosado que refresca y nutre. Conforme trituran la yuca sancochada, la van mezclando con agua y con el camote crudo que mascan cuidadosamente; mientras otras «cuelan» la chicha fermentada en livianas canastas de palmera. Shimunca y sus familiares nos ceden sus



chozas y se trasladan afuera para pasar la noche al aire libre, cerca de la fogata, a despecho de la lluvia; porque aquella noche se desencadenó una tremenda tormenta. La tierra temblaba con el estallido de los rayos, mientras los truenos retumbaban en lo profundo de la Selva iluminada intermitentemente por los relámpagos. La descarga eléctrica pasó de N a S. por encima de las aguas del Apurímac, a todo su largo. Llovió copiosamente, como llueve en la Montaña, mojando a la tierra hasta sacarle de las entrañas aquel fresco olor tan suyo, penetrante, de tierra mojada. Cuando amaneció ya todo estaba en paz. El Apurímac, que parecía estático, avanzaba silencioso, calmoso, con temor de despertar a la Selva que con pereza se desprendía de su denso velo de niebla.



INDIOS CAMPAS DEL APURIMAC Y SUS AFLUENTES

Nómades por excelencia, estos campas—brote espontáneo de la Selva—de estatura mediana y musculatura liviana, con la cara salpicada de color, armados de arco y flechas recorren la Selva como dueños y señores absolutos aprovechando de la naturaleza para hacer la vida fácil de la recolección y de la pesca. Estas excepcionales condiciones de vida los han convertido en exquisitos investigadores y descubridores de las grandes riquezas vegetales de nuestra Selva. A través de los usos y costumbres de ellos, el hombre civilizado ha podido conocer las asombrosas propiedades de multitud de plantas



que pueden alimentar, y de aquellas otras que pueden curar. Estas gentes rústicas e ignorantes han hecho conocer a la civilización para qué sirven la cascarilla y el barbasco, el tabaco y el jebe, la coca, la vainilla, el cacao, el maní y miles más de plantas alimenticias de resinas que produce la Selva. Todavía nos reservan grandes sorpresas en otras infinitas variedades de semillas y plantas cuyas propiedades apenas son sospechadas. Su maravilloso instinto de hombres primitivos les hace distinguir la planta buena de la venenosa. Ellos son los grandes investigadores, los "pioneers" de nuestra flora medicinal, que saben reírse de los científicos que vienen a «descubrir» las propiedades de nuestras plantas. En cierta ocasión un «sheripiari» (curandero) campa, dió a probar determinada hierba a un investigador extranjero que le había tomado de guía y «cicerone» de plantas. Fuertes convulsiones fueron el resultado de aquella prueba, con gran espanto y angustia del experto que recobró su equilibrio con sólo oler otra hierba que le alcanzara el bromista «sheripiari».

Hay en el semblante de estas gentes un extraño rictus de tristeza y melancolía. El tono mismo de su voz tiene cierta



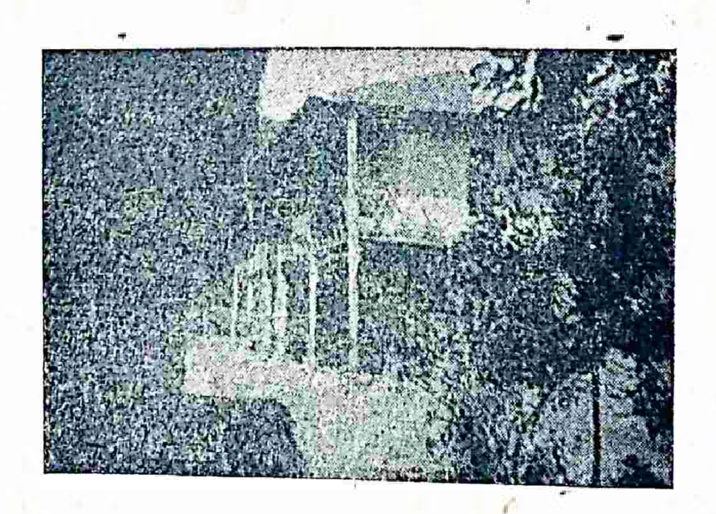
MUCHACHOS CAMPAS DE LA MISION FRANCISCANA DE SIVIA NAVEGANDO EN EL RIO APURIMAC

mezcla de llanto y de lamento. No los he visto sonreir con ternura, ni besar a sus hijos; parecen insensibles, llenos de e-



goísmo. Huyen de los enfermos y sean padres, hermanos o hijos o cónyuges, los abandonan. Consideran que la enfermedad es obra de «embrujamiento» y que el espíritu maligno se apodera del paciente. Despiadamente dejan solo al enfermo para que muera víctima del mal que lo consume y de la desesperación en la soledad impotente frente a los peligros de la Selva. Las mayores víctimas de esta despiadada costumbre son las criaturas, propensas a la anquilostomasis derivada de su deficiente alimentación, que el salvaje atribuye al espíritu maligno. De ahí que infinidad de criaturas sean abandonadas en el monte o arrojadas al río. Pero estas desdichadas criaturas han encontrado ya su salvación y redención en los misioneros franciscanos. La religión, en su mas tierna expresión, ha llegado a la Selva a recoger a estos niños, ampararlos, cuidarlos y darles una vida totalmente nueva. Estas criaturas salvadas así de la barbarie son las que han dado origen a la fundación de la Misión Franciscana de Sivia, establecida a orillas del río Apurímac.

La misiòn Franciscana de Sivia - Un notable experimento de colonización con los propios campas.— La acciòn del Estado - Los orfanatos de Lima como posibles núcleos de colonización de la Montaña Peruana.—Necesitamos fomentar la corriente inmigratoria al Perù



CASA DE LA MISION FRANCISCANA DE SIVIA



LA MISION FRANCISCANA DE SIVIA ocupa diez hectáreas de terreno en el ángulo formado por los ríos Sivia y Apurímac, sobre la margen izquierda de este último. Fundada en 1910 con fines de propagación de la Fé, bien pronto se convirtió en el actual Internado Agropecuario, que sin duda alguna será considerado algún día como el más notable laboratorio de experimentación étnica que se ha realizado en el país. Cuando visité la Misión, en Octubre de 1939, residían en ella 9 niñas y 18 niños campas y 4 muchachos de la Sierra, dirigidos patriarcalmente por el Padre Angel Urbina y el Hermano Marcos Romero. El mayor de estos muchachos no llegaba a los 16 años, y el menor era de tres. El pequeño poblado de la Misión forma un simpático conjunto con sus diversos pabellones construídos por los mismos pupilos, con materiales del lugar. Todos los edificios, que tienen paredes de adobe, han sido construídos por los pupilos de la Misión bajo la dirección del Hermano Marcos Romero, quien ha puesto todo su esfuerzo y su inteligencia para hacer realidad los propósitos cristianos del Internado. El Hermano Romero es el gran animador de esta Misión, incansable e infatigable tiene que sobreponerse a las incomprensiones de quienes deberían ayudarlo y estimularlo. Por sus esfuerzos y por sus nobles propósitos subsiste la Misión, en progreso lento.

«Nuestra Misión —decía el Hermano Romero en un informe a la Dirección de Agricultura el año 1939— tiene por finalidad cristianizar y civilizar a los niños campas rescatados a la barbarie y al abandono de que son víctimas por sus progenitores cuando sufren de alguna enfermedad. Los recogemos desde la más tierna edad, atendiéndolos con vestuario y alimentación. Se les enseña el castellano, lectura y escritura y la doctrina cristiana. Practican también determinados deportes y reciben las enseñanzas adecuadas al conocimiento y culto a la Patria, reverenciando la enseña nacional en sus fechas clásicas. Estos niños son muy hábiles conductores de los «pituches» o canoas en el río y magníficos nadadores. Complemento principal de nuestro plan de civilización son las prácticas agrícolas de todos los niños, desde el más tierno hasta el de mayor edad. Todas nuestras parcelas de cultivo —yucales, platanales, piñales, plantaciones de diversas clases como legumbres, maíz, arroz, así como el desmonte y rozo del terreno—son atendidas exclusivamente por nuestros pequeños pupilos, que entienden también de la caza y de la pesca. Todas las prácticas agrícolas son ejecutadas con muy limitadas herramientas, pues carecemos de arados e implementos modernos. Unicamente trabajamos con lampas, palas y machetes que tenemos en cantidad reducida y que sería irrisorio enumerar. Para dar idea de nuestra carencia de ele-

mentos de cultivo basta decir que para la siembra de granos nos valemos del primitivo procedimiento de depositar la semilla en los huecos que hacemos con palos. Esto hará ver cuán penosa y esforzada es nuestra labor para conseguir el sustento de nuestros internos. No siendo posible lograr en esta forma todo lo que sería necesario para el sostenimiento del Internado por la carencia de personal apropiado y los implementos necesarios, nos vemos obligados a llevar de Lima y de Ayacucho las subsistencias que nos faltan para el complemento de la alimentación. Esto nos cuesta dinero, así como el proveernos de vestidos, tocuyos, telas y géneros con que atender a los niños y para la adquisición de machetes, lampas y palas. Todos estos gastos los atendemos con los pocos recursos que recibimos del Gobierno y con las limosnas que nos hacen algunas instituciones y personas particulares. Pero todo este dinero—que es escaso—no alcanza para el sostenimiento de nuestro Internado que cada vez va tomando mayor incremento. Actualmente tenemos 30 internos entre hombres y mujeres. A estos hay que agregar las frecuentes visitas que tenemos de los salvajes que llegan hasta nosotros en demanda de protección, en solicitud de tocuyos, machetes o medicinas para enfermedades que no saben combatir».

En los días de mi permanencia en la Misión, ví llegar a muchas familias de chunchos que acudían en procura de curación de la vista, de la que sufren mucho debido a deficiencias alimenticias.

Los misioneros han logrado aclimatar ganado vacuno y lanar, así como magníficos ejemplares de aves de corral que son una muestra de las excelentes posibilidades que brinda la Montaña.

Los misioneros han instalado un modesto aparato de radio que es una gran distracción para los internos y motivo de gran alboroto y alegria entre los salvajes que acudían especialmente a escuchar la música y las canciones.

«Consideramos que estamos llevando a cabo una labor patriótica de civilización y cristianización—contiúa el Hermano Romero en su interesante informe—Estamos aportando al Estado, a la Patria, nuevos elementos de trabajo; gente nueva, propia del lugar, que puede ser una gran base para poblar nuestra Montaña con gente bien capacitada y capaz de perdurar en el lugar, pues con estos elementos se salvan muchos difíciles problemas como los de aclimatación y capacitación para trabajar eficientemente en la región».

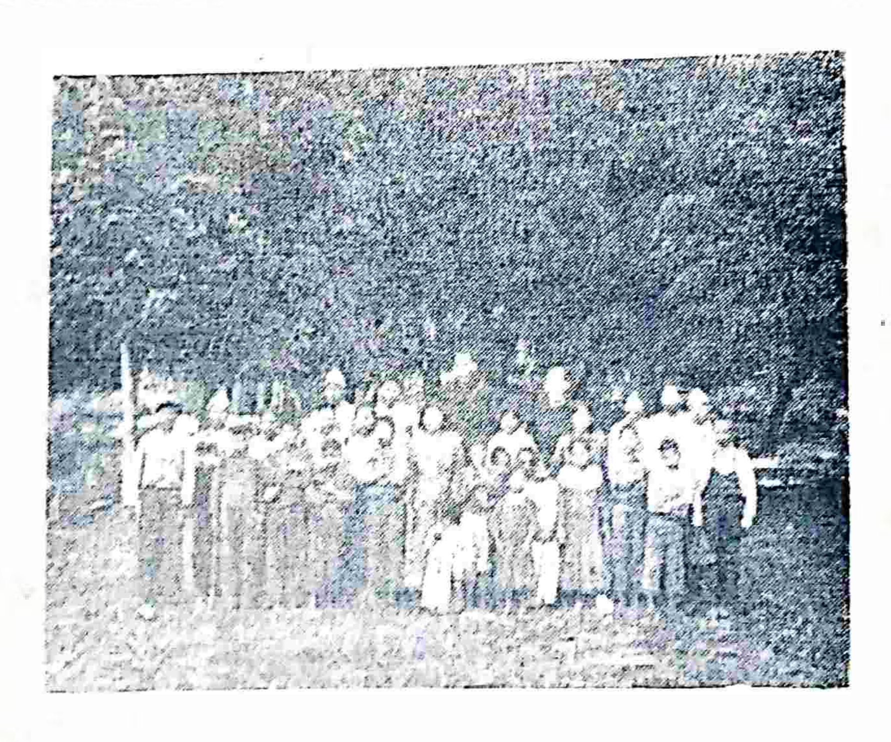
Es el esfuerzo más interesante y de mayor trascendencia que se ha intentado en nuestra selva. Con esa humildad característica de los franciscanos, los misioneros llevan a cabo un nuevo ensayo de poblamiento de la montaña. Fracasados



algunos intentos de colonización con elementos extranjeros, era necesario hacer la tentativa con el propio elemento nacional. Ni el costeño, ni el serrano habían demostrado sincero interés por trabajar en la Montaña; quedaba el propio chuncho. Imposible de hacerlo con los mayores de edad, era preciso intentar la prueba con los niños. En sus continuas observaciones de las costumbres campas los misioneros encontraron el elemento propicio. Aquellas criaturas sacrificadas por la superchería, se ofrecían admirablemente no sólo para esta obra de la redención, sino para esa otra, no menos grande, de un ensayo de poblamiento con el autóctono. Esas criaturas podían servir de elemento de ensayo, como preciosa simiente colonizadora. Y la han sabido aprovechar los misioneros, cultivándola con paciencia y con fé. Han logrado éxito. La cosecha se muestra promisora y todo hace consentir que la planta ha arraigado y se levantará lozana y fértil. La obra franciscana de Sivia demuestra que se ha acertado con el procedimiento. Ha aprovechado al autóctono desde su más tierna edad, modelándolo hábilmente. Al sujeto arisco y rebelde que lleva la herencia de una mentalidad jamás ejercitada y jamás trabajada, se ha logrado darle conciencia espiritual y flexibilidad mental. Física y orgánicamente se ha logrado, también, resultados satisfactorios; advirtiéndose notablemente la reacción operada en los pequeños organismos por el nuevo régimen de vida y de alimentación. Se ha logrado, pues, formar del elemento salvaje, indolente y vagabundo, un ser útil y trabajador. Se le ha hecho evolucionar a una nueva etapa de la economía; sin esfuerzo alguno el nómade recolector se ha convertido en el hombre estable del cultivo. La tarea ha sido dura y porfiada, pero al fin se ha triunfado. Se ha conquistado al salvaje con ternura y comprensión. Esta obra franciscana, anónima, sabia y prudente, cristiana y de alta política viene a confirmar que «el colonizador invencible de las comarcas rebeldes es el niño brotado en la propia tierra y a ella ligado por el nacimiento y por la infancia, delicada planta que necesita, más que otra alguna, el amplio amparo social, sin el que jamás logrará medrar hasta convertirse en el Adán, dominador de cuanto existe en torno». Esto decía hace poco el doctor Carlos Enrique Paz Soldán hablando de la Selva Peruana.

Logrado el éxito en lo que podríamos denominar primera etapa del ensayo de colonización a base del propio regnícola, los misioneros desean completar su obra con la segunda etapa. Esta consistiría en probar el arraigo del autóctono a su propio suelo, su estabilidad en un mismo lugar o sea constatar que el nomadismo ha sido definitivamente abandonado. Para intentar esta prueba ha de concedérsele al nuevo campa los alicientes que sean suficientes para estabilizarlo. Va a aprovecharse en esta

nueva etapa su precocidad sexual, iniciándola en la formación de la familia. En la formación de la familia al amparo de los postulados cristianos. En esta obra de perduración sólo la familia puede ofrecer las más grandes garantías de estabilidad. Social y económicamente, religiosa y políticamente toda empresa de poblamiento ha de orientarse necesariamente hacia la fuente primaria de toda organización social: la familia. Mediante la familia se completará la obra misional de Sivia, porque mediante ella el chuncho ganado a la religión y a la civilización, se arraigará en su propio suelo aprendiendo a amarlo, a cultivarlo y contemplarlo como obra propia. Hay que repetir con Paz Soldán que "los pequeños núcleos, sólidamente establecidos, serán de enorme utilidad en esta empresa pobladora. La familia en felicidad biológica es la parte viva de tales núcleos. No es brazos únicamente lo que piden las tierras vírgenes, sino hombres; hombres que sean capaces de amarlas, de transformarlas, de convertirlas en el punto elegido para, como en la hora bíblica, crecer y multiplicarse, gracias a la familia promesa de perduración".



LOS MISIONEROS FRANCISCANOS DE SIVIA CON LOS MUCHACHOS CAMPAS GANADOS PARA LA CIVILIZACION

Esto lo han comprendido muy bien los misioneros franciscanos y es por eso que desean establecer pequeños núcleos a base de familias formadas con los nuevos campas. Los nuevos



campas formados en el internado de Sivia deben sentirse propietarios, dueños de las parcelas que cultivan. Este es el proyecto del Hermano Romero.

MISION DEL ESTADO

Si tan pródigo ha sido el Estado en el otorgamiento de las llamadas «concesiones de terrenos de montaña», que, en su generalidad, han sido un fracaso como las otorgadas precisamente en las montañas de Ayacucho y que en hora feliz fueron anuladas, el Estado debe mostrarse más generoso repartiendo estas tierras a aquellos nuevos campas que por obra de los misioneros son hoy una hermosa promesa. Hermosa promesa de poblamiento, de explotación de las tierras, de riqueza nacional

El Estado no debe descuidar la obra misional de Sivia. Le debe prestar toda su protección y toda su ayuda moral y material. Debe tener en cuenta que allí han surgido ya los brotes de los grandes núcleos urbanos del mañana. Con el correr de los años, a favor de las autovías y de la aeronavegación y de la navegación fluvial, es allí donde se van a levantar las ciudades del porvenir Grandes ciudades agrícolas e industriales que han de ser la expresión del futuro Perú, cuando afrontemos la solución de nuestros problemas inclinados hacia la realidad regional y nacional de nuestra propia tierra

El Estado debe acudir inmediatamente a completar la obra misional Que queden allí los misioneros en su santa cruzada de ganar a la civilización y a la religión a los salvajes, formando y modelando el espíritu del nuevo campa. Junto a ellos que se instale el Estado con granjas talleres, para educar al campa en las diversas actividades humanas, de tal manera que en esos centros maravillosos donde hay de todo, se formen elementos capacitados en todas las actividades Para esta labor complementaria ninguna entidad más capacitada que la de los salesianos que tienen en su seno carpinteros y sastres, agricultores y ganaderos, tipógrafos, arquitectos, botánicos y farmacéuticos Los salesianos no sólo podrían formar agricultores y artesanos sino que alentados por el instinto admirable del chuncho, descubrirían las propiedades maravillosas de las infinitas variedades de plantas medicinales que encierra la montaña. Una labor de esta naturaleza exige consagración absoluta, vocación y disciplina El elemento religioso, dígase lo que se quiera, es el único capacitado para recibir una misión tan trascendental. Y entre los religiosos, son los salesianos los que reunen condiciones excepcionales para tomar a su cargo la dirección de poblamien-

to de nuestra Montaña en la forma que queda bosquejada.

Si la experiencia del niño campa ha dado tan buenos resultados y nos deparará tan halagadoras promesas ¿por qué no completarla con otra experiencia igual, a base de elementos de la Costa? En los orfanatos de Lima existe una nutrida población infantil que la sociedad ha abandonado y la Beneficencia ampara. Esos niños, desdichadas criaturas sin porvenir, deben ser llevados a la Montaña desde tierna edad para aclimatarse a las características del ambiente y del clima, para tener más tarde sus propias tierras, para formar sus propios hogares, para servir de base a las grandes poblaciones del mañana. Sería un ensayo de poblamiento de nuestra Selva; otro intento más, novedoso si se quiere, pero de reparación social y de utilización de un elemento que hasta ahora no ha sido debidamente aprovechado. De esta manera nuestras selvas, serían incorporadas a la economía nacional debido al esfuerzo de gentes formadas en su propio ambiente. Tierras nuevas trabajadas por familias nuevas. La misma Beneficencia de Lima podría tomar a su cargo este ensayo de poblamiento y explotación de nuestra Selva. Las ingentes sumas que invierte en los orfanatos y que no le redituán beneficio económico alguno, invertidas en este ensayo que propongo, le significarían notables utilidades; aparte de aquellas otras de vasto alcance: dar tierras, dar hogar, dar familia a quienes estaban condenados a brumoso porvenir. En Ayacucho, en Huánuco, en Junín, en San Martín, en Amazonas, en Loreto, en Cuzco, en Madre de Dios están las tierras que esperan la acción del hombre. Desparramemos la semilla humana en esas tierras fértiles. Distribuyamos en esas regiones a las generaciones del mañana. Nuevas gentes, Dios sabe con qué maravillosas aptitudes, surgirán de entre esas generaciones distribuídas en la vastedad de nuestro territorio como base de los futuros núcleos urbanos, de las futuras urbes de la Selva Peruana, dando nuevo sentido, abriendo rutas de prosperidad a la vida nacional.

Y es hora, también, de pensar en fomentar una intensiva inmigración a nuestro territorio. Pertenecemos a un Hemisferio de inmigración; nuestra actual estructura de nación es obra de la inmigración. No podemos sustraernos a nuestro destino inmigratorio, y nos corresponde continuar incrementándolo tal como lo han hecho y lo siguen haciendo en el Brasil, en la Argentina, en Chile, en México, en Bolivia y hasta en el Ecuador para no hablar de los Estados Unidos del Norte, exponente máximo de los resultados de la inmigración

Nuestro territorio es vastísimo, tenemos grandes extensiones capaces de albergar millones de gentes. Nuestra actual población se ha estacionado en la etapa colonial, con ra-





EL PADRE ANGEL URBINA MISIONERO FRANCISCANO YA FALLECIDO, CON UNA FAMILIA DE CAMPAS DEL APURIMAC

ras excepciones de la Costa, que no ha podido sustraerse a la acción renovadora del progreso. Pero el país en general necesita la transfusión de una poderosa corriente inmigratoria que venga a elevar el consumo, la producción, el standard de vida de nuestras poblaciones, que traiga ideas renovadoras, iniciativas para la industria, para el comercio. En este sentido hemos sostenido una política contraria a la política de otros paises que han progresado y han sobresalido en el Continente gracias a una bien orientada y bien dirigida inmigración. Tenemos una legislación al respecto que es más bien una barrera a la inmigración. Nuestra ceguera ha llegado al extremo de alentar una inmigración contraria al espíritu de nuestra raza, exótica a nuestros usos y costumbres, inmigración succionadora y que jamás podrá compenetrarse con nuestra mentalidad, con nuestros ideales, con nuestras creencias y con nuestra cultura, que nunca podrá realizar la obra bienhechora de la mezcla de sangre. Debemos cerrar definitivamente nuestras puertas a esta dañina inmigración y abrirlas totalmente a la de una raza igual a la nuestra y a la de otras razas que puedan identificarse con la nuestra por sus creencias, por sus ideales, por sus usos y costumbres. Miles de refugiados españoles que han purificado su ideología en el crisol del martirio deben ingresar al Perú para formar las po-



blaciones que ya es tiempo deben fundarse en las Montañas peruanas. Y como los españoles, que vengan refugiados de otras nacionalidades que ahora ambulan por el mundo en busca de suelo donde trabajar y vivir en paz. Existen en esta condición centenares de millares de gentes con excepcionales aptitudes que no es posible que perdamos la oportunidad de incorporarlas a nuestro país. Para esto precisa reformar nuestra actual legislación de característica conservadora, haciéndola más liberal y elástica, amoldada a las actuales circunstancias, tan excepcionales, del mundo.

Lima, Enero de 1942.




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ


FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ